

Una persona como un paisaje hermoso

Ese es el lugar al que siempre voy en mis sueños. Es de mañana y estoy en mi habitación. Mientras estoy tumbada en la cama, solo me lleva un segundo entender dónde estoy. El carillón fuera de mi ventana tintinea. Una brisa que huele a mar mueve suavemente las cortinas de encaje. Ah, está un poco húmedo, pienso, sintiendo la almohada contra mi mejilla. El cosquilleo permanece en mis dedos y pies, una mezcla de soledad y alegría. Todavía envuelta en las sábanas, deseando ser perezosa un poco más, cierro los ojos y— “Suzume, ¿estás despierta?”

Oigo una voz, ligeramente irritada, gritándome desde abajo. Suspiro, me levanto de la cama y grito de vuelta: “¡Ya voy!”. El fantasma de mi sueño, que estaba ahí hace un momento, desaparece por completo.

* * *

“¡Un sistema de alta presión traerá cielos azules preciosos a todo Kyushu!”

La presentadora del tiempo en la TV de Miyazaki sonrío alegremente mientras agita lo que parece ser la varita colorida de una chica mágica sobre un mapa de Kyushu.

“Gracias por la comida”, digo, juntando las manos antes de poner una gran porción de mantequilla sobre mi gruesa rebanada de pan blanco. Es bastante simpática, pienso, mirando a la presentadora mientras unto la mantequilla. Por su piel pálida, debe de ser del norte, de algún lugar donde nieva mucho. Le doy un mordisco al pan, inhalando su aroma tostado. Delicioso. La mantequilla realza el dulzor de la miga bajo la corteza dorada. En mi casa siempre usamos ingredientes un poco especiales. Por lo visto, hoy la máxima será de veintiocho grados, un poco menos que ayer, lo que hará un bonito día de septiembre. La presentadora en la pantalla tiene una entonación perfecta, sin rastro de acento regional.

“No te olvides otra vez de la comida”, dice Tamaki desde la cocina. Habla con acento de Miyazaki, y quizá sea mi imaginación, pero suena como si me estuviera regañando un poco. Me prepara



la comida cada mañana, pero a veces se me olvida llevarla al colegio. No lo hago a propósito, de verdad. Pero los días que olvido la comida, me siento un poco más libre. “Eres un caso perdido”, murmura, frunciendo los labios rojos mientras mete la comida en una fiambarrera. Bajo el delantal lleva un elegante traje beige; está perfectamente arreglada como siempre, desde su corte de pelo brillante hasta el maquillaje que resalta sus grandes ojos redondos.

“Por cierto, hoy llegaré tarde a casa. ¿Puedes apañarte tú sola para cenar?”

“¿Vas a una cita?” pregunto, tragando el huevo frito. “¡Por mí, quédate hasta medianoche si quieres! ¡Diviértete por una vez!”

“No es una cita, ¡son horas extra!” me corta, apagando mi entusiasmo. “Tengo que preparar el evento de pesca. Está a la vuelta de la esquina y tengo mucho que hacer. ¡Eh, tu comida!” Me entrega mi fiambarrera gigante. Pesa una tonelada, como siempre.

El cielo está despejado, tal como prometió la presentadora, y unas cometas giran orgullosas en lo alto. Bajo la colina junto al mar en mi bicicleta, y la falda del uniforme ondea con el viento, como si respirara hondo. El cielo y el mar son increíblemente azules, las plantas que cubren el terraplén son infinitamente verdes, y la línea de nubes es tan blanca como corderitos recién nacidos. Me doy cuenta de que una foto mía en uniforme en esta escena quedaría genial en las redes sociales. Ahí estoy, pedaleando cuesta abajo con el viejo puerto brillando bajo el sol matutino. Me imagino la foto: una coleta alta ondeando al viento, una bici rosa y una chica adolescente delgada (¿creo?) contra el cielo azul. Puedo imaginar los comentarios. Vaya, seguro que tendría muchos likes.



...De repente, una parte de mi corazón se endurece. Una parte de mí está harta de mí misma. Mírate. Sin preocupaciones, mirando el mar y pensando en esas tonterías. Suspirando suavemente, aparto la vista del agua, que de repente ha perdido su color. Miro al frente y— “¡...!” Alguien sube la colina. Es algo sorprendente, porque casi nadie camina por aquí, en las afueras del pueblo. Los adultos siempre van en coche, los niños en los

coches de los adultos y los adolescentes como yo en bici o ciclomotor. Estoy casi segura de que es un hombre. Es alto y delgado, y su pelo largo y su camisa grande ondean al viento. Aprieto el freno para ir más despacio y se va acercando. Es joven, pero no lo conozco—¿será un viajero? Lleva lo que parece una mochila de senderismo. Sus vaqueros están desgastados y camina con grandes zancadas. Su pelo largo y ligeramente ondulado le tapa la cara mientras mira el mar. Aprieto un poco más el freno y la brisa marina sopla más fuerte. Su pelo baila, la luz del sol le da en los ojos y me quedo sin aliento.

“Es... precioso...” Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Su piel es tan pálida que parece que el verano no existe para él. Su perfil es claro y elegante. Sus largas pestañas proyectan suaves sombras en el acantilado de su mejilla. Debajo de su ojo izquierdo tiene un pequeño lunar tan perfecto que parece puesto ahí por la voluntad divina. Por alguna razón, esos detalles me llegan en alta resolución, como si los viera de cerca. Mi corazón late con fuerza. Nos cruzamos a unos cincuenta centímetros de distancia. Yo, nosotros—dice mi corazón. Todo el sonido se ralentiza. Nos hemos visto antes—



“Perdona.” Su voz es grave y suave. Me detengo y le miro. En ese momento, el mundo entero es increíblemente brillante. Está ahí mismo. Me mira directamente a los ojos.

“¿Conoces alguna ruina por aquí?”

“¿Ruinas?” Me pilla tan desprevenida que ni siquiera recuerdo qué significa la palabra.

“Busco una puerta.”

¿Una puerta? ¿Como una puerta en una casa abandonada?

“...Si te refieres a un pueblo donde ya no vive nadie, hay uno en esas colinas de allí...”, digo insegura. Él sonrío. Es una sonrisa preciosa, de esas que tiñen suavemente el aire a su alrededor.

“Gracias.” Se da la vuelta y se aleja hacia las colinas que le he señalado. Ni siquiera mira atrás una vez.

“...¿Eh?” digo, a pesar de mí misma. Una cometa grita en lo alto. Quiero decir, ¿no podríamos haber hablado un poco más?

* * *

La campana del paso a nivel suena justo encima de mi cabeza. Mi corazón sigue latiendo más rápido de lo normal mientras espero a que pase el tren. ¿Quién era ese chico? me pregunto mientras miro las luces rojas parpadeantes. ¿Así se siente una al ver a una celebridad o a un modelo en persona? Como si fueran demasiado bellos para el mundo corriente, y durante un rato después de verlos no puedes calmarte. ...No, no es eso, no es eso en absoluto. Ese chico era más bien como...

Un paisaje nevado iluminado por farolas. Una montaña cuando el sol alcanza su cima. Una nube blanca pura, deshilachada por el viento más allá de tu alcance. No era guapo, sino hermoso, como lo son esos paisajes. Y siento que es una escena que ya he vivido antes. Sí, es esa misma nostalgia peculiar que siento en el campo de hierbas de mi sueño—

“Suuuzume!” Una mano me da un golpe en el hombro.

“¡Buenos días!”

“Oh, hola, Aya. Buenos días.” Aya debe de haber corrido hasta mí, porque está jadeando y su melena negra rebota. Un tren de dos vagones pasa, sacudiendo la barra de la barrera y mi falda con su viento. Por fin me doy cuenta de que estoy rodeada de otros chicos que charlan camino del colegio.

“¿Viste el episodio de ayer?”

“Estoy frita, apenas dormí nada.”

Todos parecen tan felices.

“Eh, ¿qué te pasa? Tienes la cara roja”, dice Aya.

“¿Qué? ¿Roja? ¡No puede ser!” Me aprieto las mejillas con las palmas. Están calientes.

“Mucho. ¿Te ha pasado algo?” Sus ojos sospechosos me miran a través de sus gafas. Mientras intento decidir qué decir, la campana deja de sonar como si señalara que mi tiempo se ha



acabado y la barrera se levanta. Los estudiantes empiezan a caminar todos a la vez.

“...¿Suzume? ¿Estás bien?” pregunta Aya, un poco preocupada, mirando atrás mientras yo me quedo clavada en el sitio.

Una persona como un paisaje. Esa sensación de déjà vu. Levanto la rueda delantera de mi bici.

“Perdón, ¡me he dejado algo en casa!” digo, girando la bici y montándome. Mientras pedaleo de vuelta a casa, oigo la voz de Aya alejándose:

“¡Espera, espera, Suzume! ¡Vas a llegar tarde!”

Mi espalda suda bajo el fuerte sol de la mañana mientras pedaleo de pie hacia las colinas. Un hombre de mediana edad que conduce un camión agrícola me mira mal mientras me alejo rápidamente del instituto, vestida con el uniforme. Me desvío de la carretera asfaltada y tomo un camino de hormigón viejo que apenas es más que una senda de animales salvajes.

...Uy, no voy a llegar a primera hora, me doy cuenta por fin cuando llego a lo alto de la colina y me quedo jadeando ante el viejo pueblo termal.

Hay un leve olor a azufre en el aire. Oí que aquí había un gran balneario en los años ochenta y noventa. Por aquel entonces, cuando la economía era tan buena que ahora cuesta imaginarlo, venía mucha gente. Familias, parejas y grupos de amigos venían hasta las montañas para bañarse, jugar a los bolos, dar zanahorias a los caballos y jugar al Space Invaders (sea lo que sea eso). Cuesta creerlo. Pero las huellas de aquel pasado animado siguen esparcidas y cubiertas de maleza: máquinas expendedoras oxidadas y farolillos rojos rotos, tuberías de aguas termales descoloridas y carteles invadidos por las enredaderas, montañas de latas vacías y botellas de alcohol extrañamente intactas, y enormes marañas de cables eléctricos girando por encima como si fueran una nueva especie de planta. Hay muchas más cosas aquí



que en el pequeño pueblo donde vivo. Incluso más que en el centro del pueblo donde está mi instituto.

“¿Hola? ¿Hay alguien?” Pero no hay gente. Al final, el agua se secó, el dinero se acabó y los turistas dejaron de venir. El sol de verano ilumina las ruinas como si fueran una atracción especial, pero tengo que admitir que el lugar da un poco de miedo. Mientras camino por un sendero de piedra agrietado por las malas hierbas, llamo, un poco más alto de lo necesario:

“¡Guapo, ¿dónde estás?!”

¿Cómo si no voy a llamarle? Cruzo un pequeño puente de piedra que lleva al hotel abandonado que solía ser el corazón del balneario. La estructura redonda de hormigón es mucho más grande que cualquier otro edificio.

“Voy a entrar...” Entro en el vestíbulo lleno de escombros. Hay varios sofás en la sala, y enormes cortinas raídas cuelgan de las ventanas.

“¿Hola? ¿Estás aquí?” Avanzo por el pasillo oscuro, mirando a mi alrededor. A pesar del calor, siento escalofríos por la espalda. Puede que haya subestimado estas ruinas. Grito aún más fuerte.

“Eh, ¿no nos hemos visto antes?” Incluso mientras lo digo, me doy cuenta de lo raro que suena. Una frase típica de ligue. ...Quizá debería irme. De repente me siento tonta. Y avergonzada. ¿Qué pensaba hacer si lo encontraba? Si los papeles se invirtieran, si alguien a quien le pedí indicaciones me siguiera hasta aquí, sería un poco inquietante. Muy inquietante, de hecho. Igual que este sitio, que empieza a darme muy mal rollo.

“¡Me voy de aquí!” grito con voz alegre a propósito, dándome la vuelta. Pero al hacerlo, veo algo que me detiene.

“...¿Una puerta?” Al final del pasillo está el patio del hotel. El esqueleto de una cúpula se arquea sobre mi cabeza, su techo hace



tiempo que se vino abajo, y debajo hay un espacio redondo lo bastante grande para correr cien metros. El agua clara se ha acumulado en el suelo. En el centro del charco, una sola puerta blanca se mantiene en pie, completamente sola. Solo esa puerta, entre los ladrillos y sombrillas esparcidos, parece haber recibido un permiso especial para seguir en pie. O quizá le han prohibido venirse abajo. En cualquier caso, está ahí, sola.

“Ese chico mencionó una puerta o algo así, ¿no?” digo como excusa antes de acercarme. A mitad de las escaleras bajas de piedra que llevan al patio, me detengo. Puede que sea agua de lluvia, o quizá alguna tubería sigue funcionando, pero sea como sea, el agua en el suelo de baldosas tiene unos quince centímetros de profundidad. Me pregunto brevemente si está bien mojarme los zapatos antes de meterme en el agua. La sensación del agua entrando en mis zapatos me resulta familiar, aunque el frío me sorprende. Pero mientras camino, me olvido de todo eso. Por alguna razón, no puedo apartar la vista de la puerta blanca que tengo delante. Es vieja y de madera. La envuelven enredaderas y parte de la pintura se ha desprendido, dejando ver la veta marrón de la madera. Me doy cuenta de que está entreabierta. La rendija, de apenas un centímetro, es extrañamente oscura.



¿Por qué? Hace sol, ¿por qué está tan oscura la rendija? Me inquieta mucho. Me llega un leve sonido de viento. Alargo la mano hacia el pomo nacarado y lo rozo con los dedos. La puerta chirría al abrirse.

“¡—!” Me quedo sin aliento. Más allá de la puerta es de noche. Un cielo estrellado brilla con una intensidad absurda. Debajo, un prado exuberante se extiende hasta el horizonte. Y dentro de mí, un remolino turbio empieza a formarse—una mezcla de terror por si me he vuelto loca, confusión sobre si estoy soñando y la sensación de que *ya debería haberlo sabido*. Levanto el pie izquierdo del agua y estoy a punto de entrar en el prado. En cuanto siento la hierba bajo el zapato—

¡Chapoteo! Estoy pisando agua otra vez.

“¿Qué...?” Al otro lado de la puerta está el patio a pleno día. Ni prado ni cielo estrellado.

“¿Quéee?” Desconcertada, miro a mi alrededor. Sigo en el hotel abandonado. Vuelvo a mirar la puerta. Dentro hay un cuadrado de noche recortado del día de verano.

“¿Qué...?” Intento pensar, pero mi cuerpo avanza solo. La puerta está ahí. El cielo estrellado está ahí. Paso a través—y sigo en el hotel abandonado. Me doy la vuelta. Una vez más, corro hacia la puerta y la noche. Pero solo está el hotel al otro lado. No puedo entrar en el prado. No me deja pasar. Me retiro. Mi pie choca con algo duro que suena como una campanilla clara. Miro hacia abajo, sorprendida.

¿...Es una de esas estatuas Jizo que hay por el pueblo? La cabeza de la pequeña estatua de piedra asoma del agua. Tiene una cara puntiaguda, como de zorro, con orejas grandes y ojos entrecerrados. Me quedo mirándola, incapaz de resistirme. Entonces oigo un susurro de viento, como si me hablara. Pongo las dos manos sobre la estatua y la levanto. Hay resistencia, como si estuviera arrancando algo. Una gran burbuja sube en el agua. Miro la estatua en mis manos. La base es puntiaguda, como un bastón corto. ¿Estaba clavada en el suelo?

“Está fría...” En realidad, está helada. Hay una película de hielo en la superficie que empieza a derretirse, como si el calor de mi cuerpo la persiguiera. La humedad se junta en gotas que caen al suelo.

*¿Por qué? ¿Por qué hay hielo en un hotel abandonado en verano? * Vuelvo a mirar la puerta. El cielo estrellado y el prado siguen dentro del marco. Al menos para mis ojos, parecen reales.



Mi corazón da un vuelco. De repente, la estatua de piedra se siente cálida, como carne. Miro hacia abajo y descubro que tengo un animal peludo en las manos.

“¡Eeeek!” La piel se me eriza y lanzo *eso* lejos de mí. Salpica a cierta distancia y sale corriendo, levantando una tormenta de agua. A cuatro patas, la pequeña criatura desaparece en una esquina del patio.

“¿¡Qué demonios!?”

E-espera, ¡hace un segundo era una estatua de piedra!

“E-esto... ¡esto es demasiado raro!” Echo a correr.

Esto no es real; es un sueño. O quizá esto le pasa a todo el mundo y nunca lo cuentan. Sí, seguro que es eso. ¡Tengo que volver a clase cuanto antes y reírme de esto con mis amigas. Eso es todo lo que pienso mientras huyo de vuelta por donde vine.

